Antón Riveiro Coello

BIOGRAFÍA

Antón Riveiro Coello nació en Xinzo de Limia (provincia de Ourense) en 1964. Cursó estudios de Derecho en Santiago y actualmente reside en Boiro (A Coruña), dónde trabaja como funcionario del Gobierno Gallego. Es presidente de la Asociación Cultural *Barbantia*, Hijo Predilecto del Ayuntamiento de Baltar, así como Juez Honario del Couto Mixto.

Ha sido galardonado y reconocido en un gran número de certámenes entre los que hay que destacar el *Álvaro Cunqueiro de Narrativa*, *Manuel García Barros de novela*, *Café Dublín de Narrativa*, *Torrente Ballester* (Finalista), *Pedrón de Ouro*, *Manuel Murguía*, *Camilo José Cela*, *Breogán de Cuentos* o *Castelao de Narrativa*, así como algunos premios internacionales como el *Max Aub* o el *NH*** de Relatos*.

Es autor de los siguientes libros *Valquiria* (1994), *Parque Central e outros relatos* (1996) *A historia de Chicho Antela* (1997), *A quinta de Saler* (1999), *Animalia* (1999), *As rulas de Bakunin* (2000, traducida al español, portugués e italiano), *Homónima* (2001), *Carpeta do Barbanza. Viaxe polo cadrante das sereas* (2002), *A canción de Sálvora* (2003), *A esfinxe de amaranto* (2003), *Limaiaé* (2005), *Casas Baratas* (2005), *A voz do lago* (2007), *Os ollos de K* (2007) y *As pantasmas de auga* (2010).

AUTOPOÉTICA

La cosa más difícil del mundo -dice Ciorán- es hablar de uno mismo sin exasperar a los demás. Una confesión sólo se aguanta si el autor se disfraza de pobre diablo, y he ahí el punto de partida, un pobre diablo que nace un veintidós de agosto del año 1964, en una explosión de carne y grandes esperanzas

> *¡Un animal! ¡Nunca tal se había visto! ¡Sólo por el dolor que me hiciste pasar, todos los días deberías hacerme reverencias!* Mamá no desaprovecha la oportunidad para echarme en cara esa indecisión mía de no querer salir. Le gusta actualizar el dolor de esos dos días intensos de agosto, bajo una atmósfera trágica y calurosa, cuándo un fórceps y su empuje iracundo me arrojaron al mundo para batir, con algo más de cinco kilos, la marca de peso del hospital Santa Cristina. ¡Aquello fue cosa de nunca acabar! Calculo su dolor y justifico tanto sufrimiento con la fama de bebé bonachón que yo después tendría -parece ser que me pasaba las horas durmiendo con tal abandono que no renunciaba a esta letargia ni tan siquiera para comer-. *Nada más cortarte la vida, una enfermera te lavó y recorrió los pasillos del hospital irguiendo semejante bola de carne como si cargase en sus manos con la prueba palpable de un milagro*. Papá sonríe, vanidoso, me coge con sus manos de hierro y, después de comprobar el peso, concentra todo su entusiasmo en una frase que, con los años, se volverá legendaria en la familia: *¡Me nació un hijo ya joven!*. (de "Neve", *Casas baratas*, 2005)

Los dos primeros años los pasé en la cárcel de Xinzo porque mi padre era el guardia municipal al que le habían encargado el depósito de presos. De esos años, aunque parezca increíble, recuerdo un hecho que debió de acontecer poco tiempo después de que comenzase a andar.

> Con una mágica facultad y un increíble asombro de detalles, invoco no sólo el rostro alegre de esas cabezas grandiosas sino también la imagen espaciosa del cuarto, la luz cansina que entra por dos ventanas, la piedra desnuda de la pared y el chirrido de la madera infiriéndole una voz misteriosa a los cabezudos del ayuntamiento, esos monstruos que dejan impresa en el encerado de mi memoria su alegría yaciente. (de "Neve", *Casas baratas*, 2005)

Con casi tres años nos mudamos a un territorio que, con el tiempo, se convertiría en mi patria esencial, dónde me crié hasta los quince años: las Casas Baratas:

> Me detengo en el punto más alto de este monte doméstico, familiar, dónde nuestra imaginación entrañaba lobos y monstruos inexistentes que caían de noche con mañas felinas, y desde aquí busco el perfil de mi pequeña patria: las Casas Baratas, rodeadas ahora por una expansión urbanística que no es capaz de borrar esas dos enormes piedras hitas que parecen haber esmaltado el cielo en el azul de sus pequeñas baldosas. La construcción aún impone una huella de modernidad sobre la llanura húmeda, siempre sometida por la mirada geométrica de las torres medievales, heridas en su altivez histórica por estos edificios sociales, por estos dos bloques, cinco portales, cincuenta viviendas, casi doscientos vecinos: todo un mundo. Aún parecen dos barcos de piedra varados en las orillas legendarias de la laguna de Antela, con su proa al sur y un viento de soledad en su concepción urbana. (de "Neve", *Casas baratas*, 2005)

De por medio hay una llanura llena de recuerdos desaparecidos en los internados salesianos de Cambados, León y Ourense, dónde sólo destaca mi euforia por la música y por la guitarra, mi pasión más grande

> Ritchie Blackmore, sí, nada menos, el músico que yo aspiraba a ser y que se había convertido en mi vocación más devota y, al mismo tiempo, más frustrada, porque yo no me conformaba con ser simplemente un famoso guitarrista de rock sino que mi sueño tenía miras de rozar el arte de este artista de Londres. Nunca deseé algo con semejante pasión, y no miento si digo que hoy el Nobel de literatura no tendría para mí tanto valor como haber conseguido, entonces, el dominio de este músico, que hacía que la guitarra en sus manos fuese, además de un instrumento musical, una expresión poética. Y si bien lo intenté con una insistencia conmovedora en aquella vieja guitarra que tenía el puente abierto y, por lo tanto, las cuerdas demasiado alejadas de los trastes –lo que convertía la pulsación en un doloroso y sangriento acto de callosidades-, apenas logré un remedo patético de *Child in Time* o *Mistread*. Pensé, al principio, que era cosa de la guitarra, pero cuando tuve en mis manos una eléctrica, imitación Stratocaster, supe que no era cuestión de práctica ni de aprendizaje sino de talento, esa especie de técnica y visión que se impone sobre el destino y la voluntad de algunas personas. (*Mister López & Friend*, *Casas baratas*, 2005)

Cuándo abrieron el instituto de Xinzo, en las vísperas de que Tejero diese su patético golpe, fundé con otros tres amigos el grupo de rock *Sacho*:

> …fundar es aquí una palabra excesiva que convendría cambiar por montar, si me atengo al aspecto físico que tenían nuestros conciertos, en los que trabajábamos a mansalva, antes, durante y después de los mismos. No se me olvida la ilusión con la que acarreábamos hasta los topes aquel viejo Land Rover en el que iban los bafles, la mesa de sonido y el lío de cables que luego nos veíamos negros para desenredar. Las actuaciones solían ser en discotecas -no queríamos hacerlo al aire libre para no exhibir la carencia de watios del equipo- y el repertorio era de lo más variado, e iba desde canciones propias, en cuyas letras quizá ya se escondía mi vocación literaria, hasta versiones de Santana, Scorpions, Police y, como no podía ser de otro modo, Deep Purple. También incluíamos el *Ayatola* de Siniestro Total, que causaba cierto furor entre nuestros incondicionales -en su mayor parte familiares y amigos poco exigentes, con oreja más que oído- y que siempre la tocamos, excepto el día de nuestra presentación en sociedad, porque a esa actuación acudieron, además de las autoridades municipales, nuestros padres, y Roberto, el batería, se negó en redondo por el respeto pavoroso que tenía a su padre. Lo recuerdo lívido, sudoroso, con las baquetas recogidas entre las piernas, en una actitud caprichosa, murmurando, entre la metralla de los aplausos vecinos, su negativa a estrenar una canción que le haría rechinar los dientes a su padre debido a la carga pornógrafa de la letra. (*Mister López & Friend*, *Casas baratas*, 2005)

Acabado el COU y la Selectividad, hice lo que suele hacer mucha gente que no tiene las cosas claras: matricularme en Derecho. Y aunque los tres primeros cursos no me fueron mal, lo dejé en el quinto año justo cuando conocí a la que hoy es mi compañera y principal culpable de que yo acabase por dedicarme a la escritura. Siendo funcionario del Estado y después del Gobierno de Galicia, me dio por presentarme a premios literarios y a partir de ahí fui construyendo una

especie de taller solitario en el que aprendí que con las palabras son muchas las cosas que se pueden atrapar.

Evidentemente, soy un gran amante de la música (la carrera de artista de rock se abortó el día en el que mi compañera se quedó dormida mientras le tocaba una hermosa canción compuesta ex profeso para ella), de la literatura (Cunqueiro, Faulkner, Nabókov, Sándor Márai, Stefan Zweig, Julien Gracq...) y del cine (Wim Wenders, Akira Kurosawa, Herzog, Fritz Lang...).

Actualmente vivo en Boiro, dónde participo en un hermoso proyecto llamado *Barbantia*, que intenta dinamizar culturalmente la comarca de Barbanza. Por lo demás, sigo escribiendo, con pasión, construyendo castillos en el aire para que otros los habiten.

MOMENTO ACTUAL DE LA LITERATURA GALLEGA Y DE LA NARRATIVA GALLEGA EN PARTICULAR

A pesar del infinito proceso normalizador de la lengua, que no deja de darnos malas noticias, en nuestra literatura vivimos un momento de excelente calidad. Al ejército de poetas que desde siempre han florecido en un país tan pequeño como el nuestro, hay que celebrar la inmensa hornada de narradores que, junto a otras trayectorias ya consolidadas, fueron sumando y consiguiendo algunos de los más grandes objetivos que tenía nuestra narrativa, como era la renovación temática y formal, reelaborando y actualizando antiguos mitos.

Hoy podemos decir con orgullo que nuestra narrativa muestra una madurez a la altura de cualquier país del mundo, y no hablo de autocomplacencia, sino de evidencias entre las que destaco la penetración de nuestra literatura en los mercados internacionales, porque cada vez son más los libros que se traducen a otras lenguas, y, tirando por lo alto, con una gran acogida de crítica y lectores. A los éxitos de Manolo Rivas y Suso de Toro, se van incorporando otros autores como Teresa Moure, que sorprenden con sus obras.

Algo importante para la narrativa de los últimos años ha sido también el número de mujeres con propuestas originales y de calidad como son Ángeles Sumai, Inma López Silva, Rosa Aneiros, María Reimóndez y muchas otras.

Con todo, el panorama actual lo definiría como altamente individualista, ajeno a cualquier categoría grupal. Hay cierta heterodoxia que va desde modalidades discursivas más arriesgadas y experimentales y otras más apegadas al aliento de una literatura convencional y transmisora de una identidad. Tiene que ver también con que muchos autores pertenecen a generaciones más influenciadas por el cine, la imagen y la literatura extranjera, ajenos a los clásicos y a un tipo de repertorios que son una especie de referente identitario.

Hay entre nosotros literaturas de elite y otras que no nacen con la voluntad de convertirse en clásicos, sino de actuar en un mercado destinado a todos los públicos.

Los defectos que le pondría a nuestro sistema literario son los de siempre: invisibilidad no sólo informativa (prensa, radio, televisión...) sino también física (ausencia en los escaparates de las principales librerías y en las grandes superficies comerciales...), imposibilidad de profesionalización del escritor debido a lo minoritario de nuestro público, etc...

Aún así, la literatura gallega sigue sumando en ese deseo colectivo de las mil primaveras que auguró el maestro Cunqueiro.

GALICIA Y SU FUTURO

Soñar Galicia

Hace tiempo que te sueño así, paloma mía, como un Couto Mixto culto, dueño de sí mismo, con presencia en el mundo, creativo, gallego hasta la raíz, progresista y digno. Siento ahora cómo fluye la epopeya de la tierra por estas venas de melancolía, por este renacimiento de razas y rosas que conquistan los versos callados de los viejos paisajes.

En el silencio antiguo de los campos escucho la palabra soberana e identitaria de los robles enalteciéndose ante las arboledas extranjeras, y siento cómo los animales vuelven a firmar ese contrato provisor que une la tierra, la sangre y la vida.

Qué fácil es soñarte limpia, paloma mía, portuguesa, desarrollada, pacífica, solidaria. Mirar el progreso en el ojo de vidrio de una vaca, sembrar peces en la esperanza de los barcos, afianzar sueños en los titulares gallegos de los periódicos, apalabrar intimidades vernáculas, repoblar con un clavel encarnado el corazón exiliado del extranjero.

He ahí mi Galicia, esa misteriosa luz que nos alumbra, esa patria igualitaria, inteligente y libre, que nos acuna los oídos con la palabra gallega de Shakespeare y la alegría laica de los poetas, habitantes silenciosos de Utopía.

TEXTOS

PIRRULA O UN PUNTO EN EL CIELO

Nadie se explicaba como aprendió, ni como había conseguido el instrumento, pero Pirrula tocaba el acordeón y lo hacía de un modo fascinante. Las teclas nacaradas tenían un color agostado, como de tabaco, la caja negra estaba ornamentada con filigranas de plata y el fuelle era de pellejo portugués.

En la era de Pardieiro, frente a la cantina de Domingos, casó a más de una pareja con pasodobles estupendos. Eran fiestas improvisadas a las que venían vecinos de San Paio y de Meaus. Cierto es que el tinto acarreado de Portugal ayudaba a la convocatoria pero, más que por el hecho de flirtear o de apretarse los unos contra los otros con el demonio de la música, la principal atracción era aquel tocar enamorador de Pirrula.

Pirrula, el nombre se lo había puesto don Paco, vivía con su abuela porque la banda de los molineros de Rubiás, amparados por la guerra y por la rabia, había llevado a sus padres a pasear al monte y ya no se supo de ellos hasta que los trajeron por Navidad sobre la yegua agotada de Rellas, que los encontró cerca de Covas, al lado de unos matojos sombríos. Ver aquellos cuerpos rebozados de sangre seca imponía y más aún a una niña que acababa de cumplir ocho años. En eso se basó don Salustiano, el médico de Baltar, que tenía fama de milagroso, para explicar el enmudecimiento de la niña. Él decía, quizá porque nadie la había visto reír jamás, que también era sorda y no se desdijo en su parte cuándo comenzaron a llegarle las primeras noticias

de que Pirrula había aprendido a tocar la Internacional. Él se empeñaba en que era sordomuda y, para salvar su reputación, juntó en la cantina de Domingos a acreditados testigos. Le hizo diversas pruebas a la niña, le estrujó la lengua y las orejas y las purificó con agua bendita de la Virgen de Peneda, y cuándo todos se arremolinaban alrededor de ellos dos, don Salustiano cogió los instrumentos y sentenció con una seguridad que no dejaba lugar a dudas:

—Non es ella la que toca.

Fue así como se extendió la creencia de que Pirrula estaba encantada. La compasión se transformó en un respeto que, muchas veces, se parecía demasiado al miedo y todo aquello que acontecía se lo achacaban a ella: la minusvalía de Secundino —que a veces había intentado cortejarla—, la tormenta del cincuenta, el malparir de las vacas, las muertes del Forno... Todo lo malo porque Pirrula jamás tenía nada que ver con las buenas nuevas. Incluso su belleza acabó siendo un obstáculo. Eran muchos los que decían que tanta hermosura hería; para otros era una llamada al pecado. Lo cierto es que no se le conoció ningún novio hasta bien cumplidos los treinta cuándo, en la feria de Randín, un portugués que le disputaba un rincón y desconocía los problemas de conciencia, le cantó a la guitarra unos versos delante de dos tratantes que pujaban por una vaca:

¡Paxariño pirruleiro[1]
que esgromas o pexegueiro,
váiteme axiña de aí
marcha para o teu ameneiro!

Pirrula se enamoró enseguida de él, no por su tocar hechizador, ni por sus ojos negros y grandes, sino por ser el primero que descubrió el significado de su nombre. Pirrula era el nombre científico del camachuelo. Así se lo había dicho a todos don Paco en una de sus clases de ciencias para, a continuación, apodarla cariñosamente por su cabello rojizo y por la mácula encarnada que tenía en el pecho, de la que muchos decían que había sido un antojo de su madre, comunista furibunda.

Atraído por la mirada entregada de Pirrula, el Portugués se acercó a ella y le dijo:

— ¿Sabes la *muiñeira* de Castrove?

Y ambos se pusieron a tocar maravillosamente a coro y los feriantes se amontonaron a su alrededor para presenciar la alianza secreta de aquellas miradas ya fusionadas para siempre. Como Pirrula no hablaba, tocaron intimando a través de la música hasta el amanecer, y fueron muchos los que aprovecharon la fiebre del amorío para ponerse a bailar. Hubo fiesta gratis e interpretaron con tanta destreza todas las piezas que, otra vez, lo atribuyeron a su fama de bruja.

Por la mañana, cogidos de la mano, volvieron juntos por los senderos de la vega y cuándo llegaron a la encrucijada de Santiago de Rubiás, Pirrula miró hacia Tosende y le dijo adiós a su aldea con dos lágrimas. Estaba decidida. Le tenía ley a aquel portugués y ya no lo iba a abandonar jamás.

Desayunaron en San Paio, en la cantina de Pedreiro, y enviaron recado al panadero para que avisara a la abuela de Pirrula del repentino enamoramiento. Pagaron el puchero y el tocino con pasodobles y subieron el monte hacia San Martiño, pegados a las sombras de los robles y de las retamas florecidas en los cerros, porque el sol pegaba duro. Dominados por un pálpito de novios, iban herederos de un pacto secreto, a las zancadas del gran amor. Agotados por la cuesta,

---

[1] ¡Pajarito pirrulero / que desbotonas el melocotonero / márchate inmediatamente de ahí / márchate a tu aliso (canción popular)

hicieron un alto al cobijo de una higuera envejecida y dejaron los instrumentos y los ánimos antes de seguir. A Pirrula se le puso en la mirada una luz burlona que delataba su entusiasmo. Pero ella sabía que no podía reír.

— ¿Acaso voy a tener una bruja muda por compañera?

El portugués le apartó los pelos de la cara con una delicadeza que le empapó el alma y se perdieron en las caricias primeras. Pirrula lo dejó hacer. Ella tenía de sobra con dar cuenta del remolino de placer que le hurgaba el estómago y que le subía en espirales hasta la garganta. Recordó la única vez que había estado con un hombre y descubrió la diferencia. El cuidado fanático de las manos, los labios invisibles recorriéndola entera, los murmullos cariñosos que le daban sosiego, eran maneras que no tenían comparación. El portugués la sentó encima de él y pospuso el encuentro para mirarla detenidamente. Nunca había visto hermosura igual. Pero Pirrula estaba encendida y no quería demoras. Derretida por el portugués, no se pudo contener; retiró un poco las bragas, buscó a escondidas la petrina prometedora y se vio cabalgando en aquel hombre que se agarraba a sus pechos con rabiosa urgencia, mientras ella arañaba la corteza de la higuera y dejaba las heridas locas de su deseo.

Antes de vestirse, Pirrula inició una pieza que acalló el trino optimista de los gorriones y de las urracas. Un mirlo vino a posarse en la caja de la guitarra del portugués y las aguzanieves bulliciosas simulaban picar en los brezos fronterizos. Era tanta la felicidad que Pirrula se olvidó de su problema y le brotó una media sonrisa que la puso en el aire en un tris y que estuvo a punto de matar de un susto al portugués cuándo vio la sombra de su amor proyectada en el camino. Fue una levitación repentina de dos metros que duró un momento efímero, como si fuera un salto, pero suficiente para espantar a los pájaros invitados por la música. Colgada en el aire sin dejar de tocar el acordeón, Pirrula se dio cuenta de su error y fue apagando la sonrisa inoportuna para bajar despacio. El portugués, con un sosiego imposible, se puso la camisa y le dijo:

— Me da igual que seas bruja. No me importa.

Pirrula negó con la cabeza mientras le abrochaba los botones del chaleco al Portugués, y vestidos, dados el uno al otro, volvieron al camino y giraron en el *cruceiro* de San Martiño hacia la colina frondosa de Portugal. Al llegar a la raya, el Portugués se sentó en un mojón que separaba los dos países y le hizo una pregunta que venía rumiando:

— Y tú, ¿puedes hacer eso cuándo quieras?

Pirrula gesticuló afirmativamente con la cabeza y, para avalar su respuesta silenciosa y mostrar el poderío de la sonrisa, descubrió los dientes y su cuerpo se fue elevando poco a poco hasta que vio que el portugués miraba hacia todas partes temeroso de que alguien viese el hecho increíble y, después, volvió a cerrar la sonrisa posándose en la hierba.

Cuándo llegaron la Sendín, una vieja que iba con las vacas a los prados de Lamalonga, braceó a lo lejos con la aguijada y descubrió el nombre del portugués:

— Parece que te casaste, Servando.

— Parece que sí, señora Manola.

Lo que los dos no sabían es que la noticia había llegado a la aldea antes que ellos gracias a un vecino que los había visto en Randín en la fiesta improvisada. La madre de Servando los esperaba sentada en el corredor sombrío desgranando una mazorca de maíz:

—Para ser bruja es bastante adecuada.

—No habla, mamá. Se llama Pirrula.

—Niña, tienes el nombre del camachuelo[2].

Pirrula se sorprendió de que ella también supiera el origen del nombre y besó las manos de su suegra, una vieja que parecía tener más de cien años pero que en realidad sólo tenía setenta.

—Mamá, ella no se ríe pero tiene que escuchar cómo toca.

—Veamos entonces.

Pirrula acomodó el acordeón y comenzó a tocar la jota de Loureses que provocó un resplandor melancólico de la cuenca de los ojos de la vieja. El vecindario se fue acercando hacia aquella música penetrante y a punto estuvo de organizarse de nuevo una fiesta porque ya se veían alientos de diversión y algunos jóvenes se habían arrancado a bailar. Fue Servando quien paró el concierto disculpándose porque estaban agotados del viaje.

La casa era pequeña. Abajo estaba la cocina con cuatro tocones de roble al pie de una mesa y una cadena que sostenía un puchero dónde hervían todos los caldos. Enfrente tenían una cuadra con ventana rectangular, hecha de perpiaño, que utilizaban para acomodar a los cerdos. En la parte alta de la casa habían puesto un colchón de carozos en el comedor de las fiestas. Allí dormía Servando. La vieja lo hacía en un cuarto más bien pequeño con un ventanuco que daba a la huerta. Las escaleras eran exteriores y terminaban en un pasillo de madera de mala calidad medio devorada por la carcoma.

La vieja les había preparado el cuarto y, para que los novios tuvieran intimidad, se demoró abajo hasta muy tarde. Pero no eran necesarias tantas consideraciones porque Pirrula y Servando, molidos por las fiestas y por las horas atrasadas de sueño, se quedaron dormidos nada más acostarse y no se despertaron con el gallo sino casi a la hora del comer.

Cuándo el portugués abrió los ojos y la vio allí, abrazada la él, con una luz centelleante que le encendía la mancha rojiza del pecho, se le figuró que aquella mujer levitaba con las sonrisas y, poco a poco, se fue enterando de que no se trataba de un sueño sino una realidad perturbadora. Era realmente hermosa, pensó Servando, tenía las hechuras de la cara bien rematadas y el cabello denso le cubría los hombros. Pero... la magia lo intranquilizaba. La estuvo mirando con devoción de enamorado y reflexionó en la búsqueda de una solución para el peligro

—Despierta, mujer.

Pirrula abrió los ojos y pestañeó a causa la luz desagradable que entraba por el ventanuco.

—Es la hora de comer.

Servando salió del cuarto y fue a mear a las ruinas de la casa del tío Xacobe. Un poco más tarde le trajo a Pirrula una jofaina llena de agua y llamó a su madre que estaba en la huerta recogiendo patatas.

La vieja se acercó despacio, limpió el sudor de la frente con un paño y esbozó una sonrisa cuándo vio a la nuera con el camisón que ella misma le había prestado:

—Veo que dormisteis bien.

—Mamá, siéntese en la cama que tengo que decirle algo importante.

Por la gravedad de la voz, Pirrula adivinó las intenciones del portugués y se secó la cara con una toalla correosa. La vieja se sentó en la almohada al lado de su hijo y pensó en tristezas.

—Usted sabe que yo la quiero y que no está en mis modos hacerle daño.

—Estoy segura, hijo.

—Pues bien. Resulta que esta mujer a la que yo quiero locamente está encantada.

---

[2] En realidad, en el original la madre de Servando denomina al pájaro que da nombre a Pirrula *paporrubio* (petirrojo, *Robin* en inglés). Esto se debe a que la madre sólo utiliza la primera parte del nombre del camachuelo, que en gallego es *paporrubio real.*

La vieja se quedó un rato callada sin dejar de observarlos, después se levantó hasta dónde estaba Pirrula y le acarició las manos.

—¡Eso no es inconveniente para amaros!

—Ya, pero queremos que lo sepa todo. Venga aquí. Pirrula haz el favor.

Pirrula se sentó en el suelo, cruzó las piernas y sonrió un momento, de sobra para hacer la demostración y ponerse en el aire. La vieja se persignó atropelladamente y cerró los ojos porque no quiso ver como su nuera se golpeaba con la cabeza en el techo. Pero no perdió la compostura. Dejó que la muchacha levitante volviera al suelo y dijo con una media carcajada:

—Nos vendrá de maravilla para recoger las nueces

Pirrula le besó las manos a la vieja y le dio las gracias con los ojos. Fue un pacto secreto entre ambas.

A pesar de que todos pensaban que era infeliz porque siempre estaba triste, Pirrula necesitó pocos días para hacerse querer, no solo en la casa, sino en todo Sendín, trabajaba como una condenada y por si fuera poco tocaba el acordeón en los momentos de ocio, en los descansos de la trilla, en la cosecha de las patatas o en la misa de los domingos. El cura incluso le propuso musicar todos los casamientos de la parroquia, pero el portugués ya había hecho otros planes para su bruja. En agosto había comprado una caballería parda y cargaron con la guitarra y con el acordeón y aprovecharon un sol hormigueante para partir temprano. Llegaron a los Remedios de A Boullosa a mediodía y comieron pulpo en el toldo de Pucho.

Pirrula estaba inquieta y un poco enojada porque el portugués, extrañamente, apenas le había dirigido la palabra durante camino. Llevaba meses raro e incluso hosco. Daba vueltas en la cama y se levantaba antes de que saliera el sol para sentarse en la escalera ocupado en unos pensamientos que no compartía con nadie. Pero esa tarde, cuándo los niños y los jóvenes fueron llegando al campo de la fiesta, antes de que él estuviese a punto de ordenárselo, ella adivinó las intenciones de su hombre y se le partió el corazón al comprender la insistencia de él para que en vez de la falda se vistiera con unos pantalones de pana. Pirrula supo que ahí acababa su amor pero prefirió esperar.

Los gaiteros de Parada venían hartos de las comilonas a las que habían sido invitados y traían los colores del vino en sus rojizas mejillas. Uno de ellos, que conocía a Servando, se le acercó hasta la oreja y le dijo con un zumbido de insecto:

—Escogiste bien, portugués. Pero esta fiesta es nuestra. Aquí nada tienes que hacer.

—Ya lo veremos.

Los músicos subieron al estrado, apagaron las teas para llenar los fuelles y empezaron a tocar una *muiñeira* que sacó a bailar a las primeras parejas. Cuándo acabó la primera pieza, con el campo atestado de gente, el portugués aprovechó el intervalo y comenzó a tocar con su mujer un fado popular que llenó de ira a los músicos de Parada y atrajo a muchos que jamás habían escuchado un acordeón. Algunos se acercaron más por la belleza de Pirrula que por su tocar cautivador. Incluso se inició una pelea entre dos chicos de Quintá que rivalizaban por estar más cerca de los músicos improvisados.

El cantero de Montealegre tuvo que sostener a un de los músicos de Parada para que no le catase la espalda al portugués. Al final se marchó murmurando sandioses con la caja y subió de nuevo al estrado con los otros músicos y allí compitieron con Pirrula y Servando tocaban a parte y comenzaban a recibir los primeros aplausos acompañados de algún dinero que la concurrencia iba dejando en la albarda del burro, que hacía las funciones de cepillo.

Pero cuándo estaban todos medio abobados con la música, Servando dejó la guitarra y mandó parar a Pirrula:

—Señoras y señores, jóvenes todos, escuchadme bien. Esta hermosura que tenéis aquí es mi señora y va a hacer algo increíble. Pero para eso tenéis que juntar mil pesetas.

— ¿Qué es?

Preguntó una chica rolliza.

—Primero conseguid las mil pesetas y después veréis como están bien empleadas.

De pronto, la voz ahogada de un hombre se abrió camino por entre la multitud y recibió todos los vistazos. Pirrula lo reconoció enseguida. Era Rellas de Tosende.

—Esa joven está encantada. Es de mi aldea.

Contrariamente a lo que él pensaba, sus palabras ayudaron al portugués en su empresa que aprovechó el misterio que el vecino de Pirrula había divulgado gratuitamente.

El interés era grande. La misma mujer rolliza que había mostrado su recelo puso cinco duros[3] en la mano de Servando y se encargó de recaudar el resto para ver que ofrecía aquel truán. Recaudando mucho más de lo que él pedía, el portugués miró hacia el vacío y dijo con voz astuta:

—Agárrense bien al juicio y al corazón porque lo que van a ver es algo que jamás olvidarán, ni viejos ni niños.

Servando miró a Pirrula y esta descifró el mensaje inmediatamente porque se sentó en la hierba, cruzó las piernas y, arrancando un pasodoble, despertó la sonrisa elevadora.

Todas las manos se pegaron a los rostros y el portugués, de espaldas a Pirrula, sonreía, disfrutaba con los miedos ajenos, con las gentes arrodilladas persignándose delante del milagro que les desorbitaba los ojos, y ansiaba una fortuna que nunca tendría porque Pirrula acababa de cambiar la sonrisa por una carcajada aulladora que no paró de elevarla. El portugués se enteró de la pérdida cuándo vio que todos afanaban sus ojos en una distancia insalvable. Entonces, Servando se giró y Pirrula apenas era un pequeño punto negro en el cielo de dónde no venía el pasodoble sino el canto limpio de un pájaro.

[3] Denominación de la antigua moneda de 25 pesetas. Recuérdese que, en la actualidad, la moneda oficial de Galicia es el Euro, pero desde 1868 hasta 2002 fue la peseta.